

Los niños de Dinamarca saben debatir sobre Gaza. El Parlamento danés, no

Rune Lykkeberg
14/06/2025
The Guardian

En Dinamarca nos gusta pensar que estamos a la vanguardia de la libertad de expresión. Fuimos el primer país del mundo en legalizar la pornografía. Insistimos en el derecho a publicar caricaturas del profeta Mahoma. En lugar de marginar a los llamados populistas de derechas en el Parlamento, les invitamos a cooperar políticamente. Nos enorgullecemos de no tenerle miedo a la polémica y se nos da bien ridiculizar a las autoridades que intentan decirnos lo que tenemos que hacer, y sobre todo lo que no tenemos que hacer.

A los daneses también nos gusta considerar a nuestro país un modelo de democracia. Por eso, las elecciones nacionales para niños de 13 a 16 años son una tradición muy apreciada, que se considera parte de la educación cívica y una preparación para la participación democrática. Están invitadas a participar todas las escuelas en el ejercicio, que se celebra cada dos años. Los alumnos debaten veinte temas durante tres semanas antes de votar a los partidos que también pueden presentarse a las verdaderas elecciones generales.

En las últimas semanas, sin embargo, las elecciones escolares nacionales se han visto arrastradas a la polémica tras la decisión de prohibir un tema presente en la lista de asuntos para la votación de 2026: la cuestión de Palestina.

¿Debe Dinamarca reconocer a Palestina como Estado soberano? Esta cuestión específica es posiblemente un tema definitorio de nuestro tiempo y algo que moviliza el compromiso político entre los votantes jóvenes. Excluirla es un acto notable, algo que se ha atacado desde la izquierda y la derecha del espectro político. Según los críticos, supone lo contrario de preparar adecuadamente a los jóvenes para la democracia danesa, y va en contra de lo que defendemos como país.

La decisión la anunciaron los portavoces del Parlamento y la justificaron los dos partidos que han

dirigido los gobiernos daneses en los últimos 30 años: el socialdemócrata y el liberal. Argumentaron que el tema era demasiado explosivo para las deliberaciones en clase y que se corría el riesgo de poner a los jóvenes de grupos minoritarios en situaciones muy incómodas. Además, se corría el riesgo de que los alumnos tuvieran una mala experiencia de la democracia; este tema era demasiado complejo para que pudiesen habérselas con él de forma significativa.

Lo que esto nos revela es que esos mismos partidos apoyarían normalmente una concepción de la democracia que antepone la libertad de deliberación controvertida y el intercambio ofensivo a la protección de la sensibilidad de las minorías y el orden público. Culturalmente, éste es el modelo danés de democracia: somos tolerantes con la intolerancia verbal cuando se trata del discurso político sobre el Islam y la inmigración; somos escépticos con los superegos liberales que quieren proteger la sensibilidad de las minorías y el orden público.

Pero cuando se trata de Israel y Palestina, los partidos gobernantes promueven una concepción de la democracia que sitúa las sensibilidades personales y el orden público por encima de la libertad de expresión y el derecho a ofender. Esto resulta realmente sorprendente. Cuando se trata de una complejidad substancial, parece indiscutible que los mecanismos que impulsan la crisis climática, por ejemplo, son más difíciles de entender que si se debe reconocer la condición de Estado de Palestina.

La verdadera explicación parece evidente. No son los escolares los que no pueden manejarse con la cuestión de Palestina, son los partidos gobernantes los que proyectan sus propios fracasos en los alumnos daneses y quieren evitarla, así como todas las demás cuestiones que abordarla provocaría inevitablemente: la guerra en Gaza, las exportaciones danesas de armas, la tensión entre

las alianzas de Dinamarca con Estados Unidos e Israel y nuestras obligaciones hacia las instituciones liberales y los derechos humanos de los palestinos.

Parece que disfrutan hablando de la guerra de Ucrania, porque la pequeña Dinamarca apoya al país invadido por ese vecino suyo más grande y poderoso. Apoyamos inequívocamente el orden liberal y el derecho internacional contra el agresor. Moralmente, nuestro compromiso en Ucrania nos deja ver Dinamarca como el país que queremos ser. Pero nuestra complicidad en los crímenes de guerra que se están perpetrando en Gaza lo que nos deja ver es el país en la que nos hemos convertido, pero que no podemos defender.

La cuestión palestina revela, por tanto, un defecto escandaloso de nuestro actual orden. Si el ejército ruso les hiciera a los ucranianos lo que el ejército israelí les hace a los palestinos de Gaza o Cisjordania, nuestra primera ministra, Mette Frederiksen, se indignaría públicamente. Pero da la impresión de que sólo habla del sufrimiento de los palestinos cuando se ve obligada a ello por las circunstancias, el orden del día o las preguntas directas al respecto.

Frederiksen ha calificado repetidamente la situación de Gaza de «trágica» y de «desastre humanitario». No obstante, habla del sufrimiento de los palestinos como si fuéramos espectadores inocentes. Y sin embargo, el gobierno danés dispone de importantes resortes de los que podría tirar para exigir responsabilidades al gobierno extremista de Israel. Pero, en general, ha optado por no hacerlo.

A pesar de su orgullo por sus credenciales democráticas, Dinamarca no ha iniciado una renegociación del acuerdo formal que convierte a la UE en el mayor socio comercial de Israel. El gobierno danés apoyó el mes pasado una revisión de los lazos entre la UE e Israel, pero no ha sugerido sanciones contra políticos israelíes concretos o contra Israel como Estado y no ha reconocido la condición de Estado de Palestina, como ya han hecho España, Irlanda y Eslovenia.

Por el contrario, nuestro gobierno sigue permitiendo que los fabricantes de armamento daneses suministren a Israel, ya sea indirectamente, por me-

dio de los Estados Unidos, o de modo directo, piezas de repuesto para los bombarderos F-35 que las Fuerzas de Defensa de Israel despliegan en Gaza. Todo ello a pesar de que nuestros dirigentes saben que infringe las normas de la UE, que obligan a denegar la exportación de material militar si existe un «riesgo claro» de que pueda utilizarse para cometer crímenes de guerra.

Una petición ciudadana que exige que Dinamarca ponga fin a todas las exportaciones directas e indirectas de armas a Israel ha reunido más de 50.000 firmas. La semana pasada se presentó en el Parlamento. Pero el debate dejó claro una vez más que un amplio consenso antepone la alianza de seguridad con los Estados Unidos a los derechos humanos en Gaza.

Estamos contribuyendo a los crímenes de guerra en Israel mientras nos movilizamos contra ellos en Ucrania. Nuestro gobierno parece aceptar tácitamente el sufrimiento de los palestinos como daño colateral de una política exterior que, de todos modos, supone una ruina porque se basa en una alianza de la que los Estados Unidos se están desvinculando. Dinamarca está, básicamente, enviando armas a un matón y lamentando luego las consecuencias de que se utilicen.

En este contexto, resulta revelador que nuestros dirigentes no quieran que nuestros escolares debatan sobre el reconocimiento del Estado palestino como parte de su educación, porque ellos mismos no pueden gestionar eso. Nuestros representantes electos no quieren que nuestra democracia ponga al descubierto su fracaso en el escándalo moral de Occidente en el siglo XXI.

Para los escolares, esta polémica resulta ser una valiosa introducción, aunque sea sin querer, a la democracia. Han aprendido de qué modo los que están en el poder van a intentar siempre definir el orden del día y los límites de la participación democrática. También demuestra que tiene importancia lo que dicen los jóvenes. Puede ser una forma de movilizar a los mejores de nuestra democracia contra los peores y de construir su poder como futuros votantes. Y es de esperar que la pregunta que falta sea la más debatida en las escuelas de Dinamarca el año que viene.